



## Con Gerardo Caetano<sup>1</sup>

---

La Conversación en la Revista de los números 130 y 131 de la Revista Uruguaya, tituladas *Otro-Yo-otro*, es con el historiador y politólogo Gerardo Caetano.

La humanidad se encuentra atravesando una pandemia, es decir, una infección generalizada por un agente de la familia de los Coronavirus o SARS II; también se halla en situación de «distanciamiento físico» unos con otros, y con fronteras territoriales cerradas entre naciones, países, y bloques, por lo que la conversación fue recorriendo estos acontecimientos en tiempo «real» mientras acaecen; se fue desarrollando nuestra conversación a través de variados dispositivos: por correo electrónico, por zoom y también logramos conversar con él en forma presencial.

Testimonio vivo entonces de las circunstancias en las que la humanidad y nosotros, psicoanalistas integrantes de la Comisión de Publicaciones, estamos inmersos y comprometidos a la vez.

Conversamos con Caetano respecto de su último libro *Historia mínima de Uruguay* (Colegio de México, 2019) invitándolo a dialogar y recorrer «fronteras» conceptuales, un acto «trans-disciplinante», compartiendo algún, no todo horizonte interpretativo entre la historia y el psicoanálisis, reflexionar en torno a puntos de encuentro y otros divergentes en los bordes de la interpretación historiográfica y en la psicoanalítica frente a

1 Profesor Titular, Doctor e Investigador en Régimen de Dedicación total de la Universidad de la República.  
gcaetano50@gmail.com

la historia del analizante. Desde el inicio, trabaja la noción de «historia mínima» y señala el hecho de «ser», sentirnos un «país pequeño», pero a su vez «grande» en otras cuestiones, mencionados como rasgos o marcas, siendo interpelados en ¿cuánto de esos rasgos y marcas componen la «identidad nacional»? y ¿cómo ellos podrían conformar una suerte de «Meta-novela nacional» por ser trans-subjetiva? Novela nacional poblada de un rico imaginario como el de «garra charrúa», al considerarnos una sociedad hiperintegrada y amortiguadora de larga duración, y muchas otras que ¿nos mancomunan?

GERARDO CAETANO (GC) —Primero quiero agradecer a la Comisión de Publicaciones este privilegio de «conversar» con ustedes para la Revista de la APU. En realidad, aunque no lo sepan, vengo conversando con ustedes hace casi treinta años. Hacia 1990, por intermedio de mi inolvidable Maestro, José Pedro Barrán, conocí primero a Daniel Gil. Luego, en 1992, conocí a Marcelo Viñar. Con ellos tres construimos un grupo informal para conversar y discutir textos e ideas, entre la historia y el psicoanálisis. La vida nos hizo hermanos. Aunque en 2009 murió José Pedro, nos hemos seguido reuniendo. Ha sido siempre un pretexto para afirmar la hermandad. Pero como hermano menor, puedo decir que en todos estos años yo he aprendido muchísimo más que ellos en ese diálogo a través de tantos temas comunes a nuestros oficios. De alguna manera, ambos se parecen bastante más de lo que se acepta. José Pedro diría, con su humor infinito, que nosotros hemos hecho *terapia*, pero también la hemos impartido. Desde ese vínculo de hermandad, luego pude conocer a otras personas que han sido y son fundamentales en mi vida. Contra toda prudencia cito dos nombres que no puedo omitir, desde mi absoluta gratitud y mi admiración: Fanny Schkolnik y Alvaro D’Ottone. En todos ellos pienso al comenzar esta conversación.

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS (RUP) —Recogiendo la idea de «historia mínima», ¿Cómo pensar a «Uruguay como caso» o «el caso uruguayo? El caso siempre está marcado por su originalidad; ¿cuál sería la propia del Uruguay?

GC —La categoría «identidad» es siempre resbalosa. Mucho más cuando se la asocia con una «nación», concepto más polisémico aún, que solo puede vivir en la historia y en el debate, tanto político como cultural. Soy en verdad muy «uruguayo», amo profundamente a este país, aunque para quererlo bien y en profundidad lo recorro cotidianamente desde el pensamiento crítico. A menudo me han reprochado cierta dureza con la que interrogo su historia y sus figuras. Pero es que no se entiende que para un historiador, sospecho que a los analistas les pasa algo parecido con sus pacientes, no hay mejor forma que ir a la raíz y «raspar hasta el hueso» para acercarnos a la verdad, que es un horizonte que ayuda a andar, pero a la que nunca llegaremos. Como historiador, igual que ustedes, no hablo desde un «discurso de la verdad» sobre el pasado. Me dedico a otra cosa, que creo más importante y viable, también más interesante: producir conocimiento crítico sobre el pasado, desde la mayor cantidad de documentos y de preguntas. En más de un sentido, por todo eso, el «Uruguay como caso» ha sido y es mi tema favorito, mi asunto, o como les he escuchado a ustedes, mi «fantasma fundamental», privilegiado. Hablar del «caso uruguayo» es presentarlo desde registros fundados, pero siempre abiertos, provisionales. Ya vendrán otros documentos y otras preguntas que desafiarán las mejores hipótesis. Así como cada uno de nosotros «es» muchas cosas, cualquier grupo o colectivo lo es mucho más. Lo primero para referir un «caso» es abrirlo a la pluralidad que con seguridad lo habita, evitar cualquier «caja» cerrada o esquemática. No hay una receta para entender al Uruguay y a los uruguayos, como a ningún otro país. Sobre todo si queremos conocerlo como «caso», es decir, abierto a la comparación y a la contrastación. Toda identidad se califica también en cómo concibe y trata a sus otros, a sus indispensables alteridades. Entre las muchas capas de nuestra «cebolla» nacional están aquellos pocos indígenas (la gran mayoría de ellos guaraníes) que habitaban la «Banda Oriental», los «colonos» españoles a quienes precedieron las vacas y caballos de la «Vaquería del mar», los «orientales» que comenzaron a emerger del mestizaje (entre indios, españoles, gauchos, portugueses y afrodescendientes, estos últimos siempre olvidados y que llegaban por Montevideo y por la frontera con el Imperio del Brasil, que solo

culminó con la esclavitud en 1888), los inmigrantes que al final de la Guerra Grande comenzaron a descender en oleadas de los barcos, provenientes de las lejanas aldeas europeas (y no de los Estados nacionales que llegaron mucho después), las sucesivas generaciones que luego devinieron «uruguayos» en el eterno debate sobre cómo somos, si deberíamos ser «argentinos» o «cisplatinos», si en verdad terminamos siendo... Y por supuesto que terminamos «uruguayos», pero desde la más absoluta pluralidad que puede ilustrarse con nuestras interminables discusiones sobre nuestra «fecha de la independencia» o en los debates acerca de si nuestro gentilicio más apropiado es el de «orientales» o el de «uruguayos». Solo desde esa radical pluralidad y desde nuestra «pequeña escala» (más demográfica que geográfica), afirmada en la «esquina peligrosa» que habitamos entre dos gigantes profundamente inestables como Argentina y Brasil. Si desde nuestra escala pequeña podemos descubrirnos más heterogéneos de lo que reconocemos, con más colores, olores, pájaros y paisajes de los que recordamos, solo así podremos reconocernos como «caso», como todos diferente y hasta a veces «excepcional», pero siempre comparable con otros, sobre todo con los más cercanos y parecidos. Una identidad siempre es un doble movimiento de «diferenciarse» y «parecerse», creo. Si es así, nuestra originalidad siempre la hemos tenido que defender, como siempre ocurre, con quienes más nos parecemos, con nuestro «otro», que, aunque lo resistamos, es «Buenos Aires». La palabra «argentino» refería inicialmente «habitante de Buenos Aires y de sus alrededores». Por eso, las provincias federales la resistieron como nombre de la confederación durante décadas. Por eso, Borges decía al mismo tiempo que «un uruguayo era casi un argentino», aunque él siempre se reivindicó como concebido en la «Banda Oriental», en una estancia cercana a Fray Bentos, lares en los que también nació Funes, uno de sus personajes más inolvidables.

RUP — Cuando desarrollas la idea de «la progresiva autopercepción de los uruguayos en cuanto a su identidad nacional» utilizas términos como «marcas», «rasgos», que «generarían visiones de larga duración». ¿Qué implica hablar de «larga duración»? y ¿Cómo estas ideas construyen los ideales de una Nación, vinculándolos con la «identidad uruguaya»?

¿Cuáles serían las interpretaciones que te llevan a resaltar algunas marcas, y a dejar otras de lado?

GC —Estoy siendo bastante imprudente con ustedes y con los lectores, que supongo también serán psicoanalistas en una proporción importante, por hablar desde palabras y conceptos (que por cierto no son lo mismo) con laxitud y llaneza... ¡Me expongo a malos entendidos, algunos de ellos incluso divertidos! Pero concedo desde ya. La categoría de la «larga duración» proviene de un gigantesco historiador como Fernand Braudel, emblema del afrancesamiento que nutrió, creo que para bien, a varias generaciones de historiadores, entre ellas a la mía. Significaba hablar con la perspectiva de un «tiempo largo» por oposición al tiempo corto del «acontecimiento» y al mediano de la «coyuntura». Solo desde esa pretensión se pueden historizar los relatos. Y repito la palabra y el concepto de relato, tan desvirtuado y manipulado en el presente, como expresión de una visión sesgada o meramente intencional. Desde el apego más riguroso a las viejas reglas de nuestro oficio, ya más que milenario, los historiadores también construimos «relatos», como Homero o como Carlos Solé. Son distintos, por cierto, a los que se construyen desde otros oficios (desde el de psicoanalista hasta el del político, pasando por el novelista o el periodista), sometidos a otras reglas, pero relatos al fin. Nuestros auditorios esperan que cuando hablemos produzcamos «verdad» sobre el pasado y que monopolicemos el «relato de la tribu», pero ambas cosas no son ciertas. Podría decir que «lamento decirlo», pero no diría lo que pienso. Celebro que los historiadores hayamos avanzado, en diálogo siempre con otras disciplinas, desde un oficio casi que obligado a invadir territorios ajenos. Lo otro que siempre resulta imperioso advertir es que «el mapa no es el territorio»: siempre hablamos de mapas, que seleccionan y nombran, no de territorios. Si no comprendemos esto no podremos avanzar en términos incluso de ciencia: para conocer, y sobre todo para investigar, siempre hay que advertir que seleccionamos, que elegimos y desechamos. Lo que entre otras cosas implica reencontrarnos con los dos movimientos de la memoria, que son «recordar» y «olvidar», seleccionar. Otra cosa sería caer en una utopía vana y también infértil como la de Funes, el memorioso, que solo podía recordar el día en un relato que duraba

veinticuatro horas. ¡Un mapa que no elige y selecciona el territorio, además de imposible, es absolutamente fútil! A partir de estas premisas, por cierto, que hay rasgos y marcas que nos «hablan» del Uruguay como identidad, para bien y para mal. Para bien, solo desde mi perspectiva: somos hijos de inmigrantes e integrantes de una sociedad aluvional que se fue construyendo desde un «territorio vacío abierto al poblamiento» a medida que «descendían de los barcos»; gracias a Dios, como suelo decir en términos provocativos, desde etapas muy tempranas somos el «país más laico del mundo»; nuestra historia aplebeyada, que nunca admitió noblezas salvo durante la invasión cisplatina, permitió que un dicho que se sentía en todos los territorios del viejo Virreinato del Río de la Plata, como el de «naides es más que naides», solo pudiera arraigar en Uruguay; tenemos desde una construcción no hegemónica y contestada una «democracia republicano liberal» y un «Estado social» que se pensó como «escudo de los débiles» y que fue la base para una «sociedad hiperintegrada»; fuimos y hasta cierto punto seguimos siendo un «país laboratorio», en el que algunas cosas que parecen imposibles finalmente terminan siendo realidad; y podría seguir. Para mal, solo desde mi perspectiva: nos hemos construido desde el ideal de «ser distintos» a nuestros vecinos, desde un «imaginario para andar solos», como decía el Tucho Methol; nos educamos en la visión auto-complaciente de una arcadia europea distante de la región, pero, para hacerlo, invisibilizamos muchas de nuestras realidades y conflictos; nos creemos una «sociedad de cercanías» y no violenta, pero opacamos la tragedia de nuestras víctimas a menudo «invisibles» (mujeres, jóvenes, niños, negros, trans, homosexuales, habitantes de nuestros interiores, distintos, pobres, marginados, etcétera), desde la visión de una «sociedad amortiguadora», como decía Real de Azúa; hemos escondido, como sospecho, nuestras violencias profundas como las «domésticas», «las de género» o nuestra altísima «tasa de suicidios», desde la visión auto-complaciente de una sociedad pacífica y virtuosa, *for export*, como decía Zitarrosa; hemos perdido nuestro sentido de mundo, nuestra necesidad de conocernos desde el conocimiento más profundo de la interacción entre «la comarca y el mundo», como decía Couture; y también podría seguir. Solo desde el debate y la máxima pluralidad

entre este tipo de visiones podremos reconocernos como uruguayos. El Uruguay ha preferido ser una República y hemos naturalizado como un sentido común algo que en verdad es excepcional, mucho más en estos tiempos que corren. Nosotros preferimos hablar de nuestro Estado y de nuestra Nación como República, tanto cuando hablamos de nuestro Presidente como de nuestro principal Banco del Estado. ¡No resulta menor! Confieso, nada menos que frente a ustedes (¡mi osadía es mayúscula!), que mi punto de selección en relación con lo que elijo y desecho, como creo que corresponde a alguien que vivió en dictadura como yo, es la democracia, la gran utopía a la que los uruguayos nos aferramos como un mástil certero frente al «canto de las sirenas» que vuelven a pulular en nuestros tiempos confusos.

RUP — ¿Cómo se ha construido el concepto de «uruguayo»? ¿Qué discursos sociales han alimentado esta idea?

GC — Nos hemos construido como uruguayos u orientales, pues la controversia persiste, desde el debate y hasta la confrontación, algo tal vez paradójico desde una sociedad que se ha ufano en disimular sus conflictos. En el siglo XIX una de las principales discusiones de nuestras elites fue a propósito de la identidad y hasta de la viabilidad del Uruguay como Estado. Y el debate no fue dualista sino triangular: algunos pensaban en la asimilación al Imperio del Brasil como «cisplatinos»; otros pensaban en la reconstrucción de la «patria grande» como parte de las «Provincia Unidas del Río de la Plata»; y otros como Zorrilla de San Martín, Blanes, Varela, Acevedo Díaz o Bauzá, proyectaron con éxito indudable el primer imaginario nacionalista de los uruguayos. En más de un sentido, pero nunca del todo, triunfaron estos últimos. Pero persistió el debate. Los batllistas defendieron la visión de la identidad uruguaya desde la adhesión a valores universales. Le ley de feriados de 1919, que nacionalizó fechas universales y secularizó fechas religiosas, fue una expresión fuerte de esa visión. Los nacionalistas y los católicos defendieron una visión más «nacionalista», desde la defensa de valores tradicionales, nativistas y religiosos como expresión de las raíces más profundas de una noción de «patria» que tenía fronteras firmes con el «afuera». Por supuesto que tras estos discursos discurría un telón de fondo social. Los sectores populares

más urbanos fueron más receptivos a las visiones más cosmopolitas, desde su frecuente origen inmigrante. Pero con sorpresas: en el Cerro, que a la vez era una villa que resultaba receptora de inmigrantes, pero también de migrantes desde el campo a la ciudad, el herrerismo tendió a prevalecer sobre el batllismo hasta la década de los cincuenta del siglo XX, cuando el batllismo de Luis Batlle comenzó a prevalecer. Y el Frente Amplio logró radicar su hegemonía territorial allí recién a partir de los 90. Siempre el debate sobre la identidad nacional de los uruguayos estuvo impregnado de ideas, de clase social y de política. Y en una forma compleja, que en los últimos tiempos lejos de simplificarse se ha complicado aún más. Puedo hablar en ese sentido de la proyección popular de la convocatoria de Cabildo Abierto en la competencia electoral de 1919. En el contexto global de nuestros días, el conflicto entre nacionalismo y globalismo extremo está generando muchos fenómenos impredecibles y complejos. Más allá de todo provincianismo, eso también llega al Uruguay; tarde, pero llega.

RUP — ¿La interpretación historiográfica de la construcción del concepto de «uruguayo» podría vincularse a su vez con la noción *derrideana* de deconstrucción y tener esos efectos?

GC — En verdad, y creo que lamentablemente, Derrida no es un autor que frecuenten los historiadores uruguayos. Lo lamento de veras. Pero como suele ocurrir, muchos hablan (o hablamos) desde tradiciones que desconocemos o que conocemos menos de lo que deberíamos. Somos hablados desde tradiciones que desconocemos, muchas veces. Eso no es bueno. De todos modos, creo que la historiografía uruguaya más contemporánea cumple su oficio de manera muy profesional desde perspectivas efectivamente de deconstrucción de discursos, relatos y documentos. En eso, sobre todo en relación a los discursos nacionalistas más pedestres, creo en verdad que la historiografía uruguaya ha avanzado mucho y para bien. No hay otra posibilidad de profundizar en los discursos identitarios, sobre todo en relación a la nación, si no en perspectiva de deconstrucción. Por ejemplo, los enfoques desde la llamada Historia Conceptual, que exploran en los pleitos políticos que convierten a las palabras (como posibilidades significantes) en conceptos (significaciones polisémicas pero de algún modo delimitadas,

aunque siempre provisionales), refieren esa búsqueda permanente de deconstrucción de los discursos y de los documentos, de la más diversa índole pero con especial preocupación en relación a temas tan sensibles como los vinculados con una noción tan cargada de emociones como las de nación. Renan, en el siglo XIX, decía que la idea de nación surgía de un «plebiscito cotidiano». Creo que en estos tiempos no se podría referir de mejor modo a este asunto complejo (y hasta peligroso, si me permiten) del renovado nacionalismo y de los «neopatriotas» de estos tiempos revueltos. Por eso resulta tan importante deconstruir los discursos, hurgar en las genealogías políticas e ideológicas que los habitan, identificar sus códigos emocionales, su forma de proyectarse en sus interlocutores, sus modalidades de tránsito por las llamadas «redes sociales», cada vez más decisivas y más confrontacionales. No sirven para conversar, y a menudo, en ellas impera el insulto y la mentira. También deben deconstruirse los códigos cambiantes de esas nuevas vías de comunicación y de información. Los historiadores tienen allí también una nueva heurística, en verdad difícil de descifrar.

RUP —En pandemia y confinamiento, desde tu lugar de historiador, ¿cómo pensás el acontecimiento actual y la situación traumática que estamos viviendo en el presente, que incluso te implica en tanto habitante de la «aldea planetaria»?

GC —Como creo que todos, he leído y he reflexionado mucho a propósito de la pandemia y del confinamiento. He escrito y estoy escribiendo sobre eso. Es todo un hito histórico que nunca pensamos que íbamos a vivir. Allí hay mucho para decir y explorar. En primer lugar, he asumido a la pandemia como un observatorio privilegiado, como una interpelación muy profunda y, tal vez aunque no estoy seguro, como un momento de inflexión. Las metáforas de la «guerra contra un enemigo invisible» vuelven a estar de moda, con sus peligrosas invitaciones autoritarias a la «unidad en el mando». Del terror se pasa con facilidad al pánico y a menudo el confinamiento se vuelve una «cárcel blanda» de la que todos necesitamos escapar de algún modo. A veces emerge una pulsión a un «olvido terapéutico» ante tanta incertidumbre, pero resulta decisivo mantener la memoria. El invocado carácter «exógeno» de la pandemia puede ser una trampa: el orden anterior que la prohibió

ya era letal. Advertir eso problematiza mucho la perspectiva tan reiterada de la vuelta a «una nueva normalidad». La necesidad imperiosa del «retorno del pensamiento» crítico y científico se impone frente a la expansión del «opinionismo». Pero también en eso hay que tener cuidado: a menudo pienso en lo que Barrán diría a propósito del poder ampliado de los médicos en esta coyuntura, sus dimensiones posibles de «biopolítica». Los nuevos mapas de poder global vuelven al centro de la escena, desde las patentes y los medicamentos hasta la renovada función del algoritmo de la inteligencia artificial y del *big data*. Y el teletrabajo, entre euforias superficiales y visiones apocalípticas, invita a la ciencia ficción de la buena y de la otra. Más que nunca hay que tener buenos «filtros conceptuales» para entender en profundidad lo que pasa. Las dimensiones de los campos de la subjetividad en el impacto del Covid-19 son enormes. En medio de tanto bombardeo hay que ser tan cautos como valientes. Los ciudadanos hoy se están inclinando a sacrificar libertades y derechos en procura de obtener seguridad. Y eso es muy peligroso. Sobre todo cuando al tiempo que tiende a descender la idea de comunidad ante el deseo apremiante de inmunidad, la sobreinformación y la «telerepública» nos desbordan por todos lados. Sin excesos y con equilibrio, hay que recordar una vez más a Foucault y su visión sobre «el cuerpo como eje de toda política». No hay que ser muy avezado para advertir la dimensión netamente política de una «política sanitaria», sobre todo frente a una pandemia de estas características. La base científica de las estrategias no resulta aséptica. Comprenderlo a cabalidad significa entre otras cosas comprender que la pandemia es también un momento de indefensión, en especial para los más vulnerables. Hay quienes no pueden obedecer el «quedate en casa» o incluso para algunos es la opción más peligrosa. Y la pandemia tendrá efectos económicos y sociales tan profundos como largos en términos de recuperación. Por cierto que todo esto está teniendo consecuencias muy fuertes, que ustedes advertirán en el análisis, reconvertido por la fuerza de los hechos en más distante, con todo lo que ello implica.

RUP — ¿Cómo pensás el resurgimiento de regímenes totalitarios en el mundo, y cómo concebirlos en el Uruguay? ¿Podríamos pensar que forman parte de ciertos «rasgos» de la identidad nacional?

GC —Tal vez sea mi principal preocupación cuando observo al mundo en general y a América Latina y a Uruguay en particular. No cabe duda que son tiempos proclives al autoritarismo. Ayer escuchaba por zoom, en un *webinar*, que hoy en el mundo los autoritarismos electos (más de 70) superan largamente a los autoritarismos impuestos sin haber pasado por las urnas. Podría hablar largamente de cómo estos tiempos resultan territorios abonados para «liderazgos mesiánicos» que invitan a «arcadias regresivas». Pero quiero detenerme en Uruguay. Ya hemos dicho que uno de los grandes patrimonios del Uruguay es la fuerza de su utopía democrática, su horizonte republicano. Pero eso no significa que el país esté inmune al autoritarismo, ni que entre sus «rasgos» de identidad no aniden claves no democráticas. Por suerte hasta ahora no prevalecen, pero la democracia uruguaya hace décadas que viene mutando, con ritmos y formatos diferentes a los de América Latina, pero efectivos. He escrito sobre esto. Esto no nació solo en la forma de los «cisnes negros» que emergieron durante la campaña de 2019. Si se observa la evolución de la opinión pública en el «latinobarómetro», se podrá advertir que desde hace más de una década las visiones de los uruguayos en relación a la democracia y a sus instituciones vienen mutando. No es un fenómeno propio de Uruguay, para nada. Pero aquí también ocurre y ya comenzó a traducirse en el campo electoral. Cuando los temas de la seguridad replantean el tema central del lugar de los miedos en una sociedad envejecida como la uruguaya, cuando la incertidumbre en términos económicos y sociales retorna, cuando ciertas visiones excesivamente normativas sobre la vida cotidiana se imponen sin equilibrio; en fin, cuando las condiciones convergen para que muchos vectores de «reacción» puedan aglutinarse en una dirección, allí vuelven a la superficie factores que tal vez estaban dispersos o «dormidos», pero estaban allí. La lucha por la democracia y las libertades nunca termina; es y será siempre eterna; tiene que ver con sus fortalezas como con sus debilidades, en tanto régimen político. Y por cierto que involucra dimensiones subjetivantes, siempre. La sabiduría y el coraje para enfrentar estos retos nunca se ven tanto como en los momentos de peligro. Sin alarmismo, con realismo y cautela, podríamos (utilizo expresamente el condicional) estar frente a uno

de esos momentos, que Hanna Arendt ha llamado con profundidad «momentos de verdad».

RUP — ¿De qué manera definís «el momento histórico bisagra» y qué percepción tenés del futuro?

GC — Los economistas dicen cada vez más a menudo que hay que «ser optimistas» porque conviene serlo. Con algo más de un necesario idealismo informado, no me puedo permitir en un país como Uruguay, y en un continente como América Latina, el ser «pesimista» y mucho menos «catastrofista» frente al futuro. Sobre todo, en tiempos de pandemia. Hay un síndrome sobre el que he escuchado y leído bastante en estos meses al que llaman «pesimismo de pandemia». Es una tentación demasiado fuerte para caer tan fácilmente en ella. Este es en verdad un momento bisagra, pero no sabemos hacia dónde se orientará la inflexión. He leído cosas delirantes al respecto. La restauración de un capitalismo salvaje no es viable. Y quisiera reiterarlo, porque quedan todavía muchos sordos. Pero eso, por cierto, no significa que esta crisis necesariamente nos empuje a capitalismo más sociales (como el capitalismo 3.º del que habla Dani Rodrick) o incluso a experimentaciones poscapitalistas de las que muchos hablan desde tiendas ideológicas muy distantes. Planteemos algunos asuntos de esta transición: la combinación entre inteligencia artificial cada vez más sofisticada con *big data* configura una revolución cuyos alcances todavía no podemos siquiera imaginar; el desarrollo digital puede llevarnos a un «capitalismo de vigilancia», pero también a una deconstrucción muy fuerte de temas como el trabajo, el salario, los mercados, el sistema financiero, la seguridad social, etcétera; la renta básica universal o la reformulación de la jornada laboral ya no solo resultan reivindicaciones socialistas o progresistas; la biomedicina está posibilitando nuevas fronteras para la extensión de la vida, pero los pactos sociales para dar sustento a las nuevas realidades se han quedado atrás; el mayor productivismo en la historia de la humanidad ha puesto al planeta en peligro cierto de catástrofe ambiental; la crisis irresuelta de 2008 vuelve a estallar ahora con la crisis del Covid-19, con incertidumbres abiertas; etcétera, etcétera. Podríamos seguir con asuntos de este calado y tal vez mayor. Una mínima señal de prudencia debiera llevarnos por lo menos a tener la

mente abierta para entender sobre cuántas cosas ya han comenzado a cambiar en forma irreversible, y a propósito de las cuales se nos han explotado muchos libretos que creíamos todavía vigorosos. El atajo de la idea que las nuevas tecnologías resolverán el intrínquilis, además de peligroso, resulta inconsistente. Ni las tecnologías, ni siquiera la ciencia, resolverán nuestros desafíos. Hay que actuar con pragmatismo y realismo antes las exigencias y restricciones del corto plazo, con el claro predominio de una pulsión de justicia frente a los más damnificados. Pero, con igual sentido de urgencia, hay que repensar nuestros pactos, hay que tender puentes entre distintos, pero también hay que saber decir que NO frente a proyectos regresivos que en la nueva coyuntura se volverían tal vez más letales que nunca. Algunos proyectos, para habilitar la implementación de este tipo de proyectos, requieren terminar o por lo menos debilitar a la democracia. ¿Y cómo ser optimista frente a todo esto? Porque creo en el poder de las ideas y en las reservas democráticas y republicanas que nuestro país en particular ha sabido sembrar y cosechar en su historia. Suena muy ingenuo, sin duda que lo que digo tiene un soporte moral y voluntarista; tal vez José Pedro me reiteraría aquella broma, con la que nos reíamos los dos tanto, sobre que yo «desconocía el alma humana». Puede ser así... Pero me animo una vez más a postular ese talante frente a un futuro tan difícil e incierto.

RUP — ¿Y cómo en esa transición tan difícil se puede articular la exacerbación de la autoverdad y la posverdad?

GC — Ese es otro tema que me desvela. Por cierto, que las llamadas redes sociales no son mi mundo. La «posverdad» es la mentira, es la entronización infinita de la máxima monstruosa de Goebbels sobre que «una mentira repetida mil veces (hoy debiéramos corregir a N infinito de veces) se convierte en verdad». Pero creo que la autoverdad puede ser más peligrosa y tóxica que la posverdad. Se trata de un concepto que ha trabajado muy bien Eliane Brum, documentalista brasileña. El mismo refiere a un discurso que tiende a expandirse en el «todos dicen lo que quieren, sobre cualquier tema, en cualquier momento», sin el mínimo apego al contenido o a la argumentación, fundando lo que se dice en una lógica de *performance*. La deliberación desaparece,

pues no hay nada que contrastar, no importa lo que se dice sino solo cómo se lo dice. Y por cierto, luego viene la sobreinterpretación de lo dicho por parte del emisor, pero también del receptor, al que le gustó por algún motivo la *performance*: «no quiso decir eso, ustedes no lo entienden, él dice las cosas con esa manera brutal porque no le interesa lo «políticamente correcto» y eso es lo que me gusta de él...» El imperio de la autoverdad, que suele ser el tono predominante de la mayoría de los mensajes en las redes, agregado a los *trolls* y a toda esa parafernalia, hace que toda posibilidad de comunicación dialógica desaparezca. Todo se vuelve denigración del otro, guerras sin fin, procacidad sin límites, desacreditación deliberada, irreflexión... y una pérdida infinita de tiempo. Y por cierto que todo eso sirve al autoritarismo, de izquierda o de derecha, aunque los liderazgos predestinados de las derechas alternativas hoy se beneficien más que nadie de esa deriva. Estoy seguro, pero sobre esto ustedes saben mucho más y yo los querría escuchar a ustedes, que las consecuencias sobre las dimensiones del sujeto y de su subjetividad son infinitas. Pero para no terminar en bajón, que no quiero, solo agrego que habrá que encontrar las formas de disputar esos ámbitos para al menos lograr algo mejor que esta barbarie. Desde nuestros oficios, ustedes y yo, psicoanalistas e historiadores, tendremos que lidiar con eso. Aunque cueste, no podemos hacernos los distraídos. ♦